

XI Semana Alfonsiana –

“Entre el tercer y el sexto día”

Giuseppe Castellese, Palermo

P. Alberto Maggi

¿Encontrará el Hijo del Hombre “personas de fe”?, y no ya simplemente, ¿”encontrará la fe”, como reza la traducción tradicional? Con la propuesta de este cambio de fórmula se abre y se cierra idealmente el planteamiento del p. Alberto Maggi, un razonamiento cargado, como siempre, de agudeza polémica..., pero lleno de afecto. Curiosamente, en su relación el estudioso de la Biblia llega a la conclusión – casi en los mismos términos en que lo hace el historiador (el Arzobispo Mons. Cataldo Naro) –. que Jesús, resucitado y ascendido al Padre, no “regresa”: permanecerá con nosotros hasta el final de los tiempos, Pero el interrogante del que hemos partido no deja de ser inquietante en este nuevo contexto. Por lo demás, dicha pregunta ha de ser encuadrada en su momento preciso: nos hallamos ante el instante trágico y doloroso en que Jesús se dispone a afrontar el proceso que lo conducirá a la crucifixión.

Sin embargo, la respuesta al interrogante resultaría decepcionante, apresurada e insolente si omitiéramos el itinerario trazado por el autor – como premisa para arribar a la misma – a través de diversos “cuadros” evangélicos en los que se pone de manifiesto el significado de “fe”, como algo distinto de “religión”.

1 – Jesús no es un profeta y, por tanto, a diferencia de los profetas, no se mueve en la órbita de la religión, ni tan siquiera penetra en ella con el propósito de reformarla. Por el contrario, él invita a alejarse del mundo religioso y se dedica más bien a sacar a la luz las raíces marchitas del mismo para dejar ver su podredumbre. La religión impide la comunión con Dios y Jesús lo demuestra día a día. Es por esto que los representantes de la religión desean deshacerse de él. La propuesta que Jesús hace consiste en una relación nueva con el Padre; y al igual que el vino nuevo, la nueva propuesta requiere odres nuevos, recipientes vírgenes. La nueva relación con el Padre asume en Jesús la denominación “fe”.

En síntesis, la religión indica todo aquello que el hombre puede y debe hacer en relación a Dios en términos rituales.; la fe, en cambio, indica todo lo que Dios hace a favor del hombre: Dios, enseña Jesús, no demanda nada a los hombres, tan solo se les comunica. Dios acoge a los seres humanos y esta acogida se puede denominar “fe”, que no consiste en un “don” que Dios conceda a los hombres, sino que constituye la respuesta del hombre al don de amor gratuito que Dios derrama sobre toda la humanidad. En esto estriba precisamente la diferencia: El Dios del evangelio, un Dios exclusivamente bueno, comunica a todos su Amor, independientemente del comportamiento, de la posición, de la situación de quien lo recibe.

2 - Cuadros evangélicos

- Un primer “cuadro” clarificador lo proporciona Lucas cuando narra la curación de 10 leprosos. Solo uno de los 10 torna sobre sus pasos. Conclusión: el Amor de Dios es para todos; la fe, sin embargo, se pone en evidencia y es exaltada en la persona del único leproso que vuelve atrás para expresar gratitud: hijo, tu fe te ha salvado. ¡Tu Fe!

- Pero hay más aún: para Jesús, aquello que, según la religión, es considerado trasgresión y sacrilegio se convierte – se produce aquí una transposición completa de horizonte –, en acto de fe: la adúltera que viola la ley no se topa ya con un dios severo que la condena sin remisión posible. Se encuentra cara a cara con un Padre que la aguarda solícito y que la acoge exclamando: hija, tu fe te ha salvado.

En el análisis de este pasaje aparece con todo su vigor la idiosincrasia genuina de Alberto Maggi. Basado en un exhaustivo bagaje de conocimientos bíblicos, y deseando poner distancias respecto al excesivo beaterío de las personas pías, esas personas que se sienten seguras y ya “salvadas” dentro del recinto, Alberto se despacha a sus anchas y llega a hacer afirmaciones osadas que exasperan la susceptibilidad de quienes (desde el sacristán en adelante...) se consideran depositarios de responsabilidades onerosas en la defensa de la ortodoxia o de la imagen de la Iglesia y del mismo Cristo, en nuestros días. Para algunos de éstos, el fraile exegeta adopta un lenguaje desmesurado, un lenguaje inadecuado a la “identidad” de una iglesia que ama guardar las apariencias. Hay quien, en su turbación, manifiesta hipócritamente (esperemos que lo hagan de buena fe) sentirse escandalizado. ¡Imaginemos el horror de los que escuchen estas cosas, la confusión que producirá en ellos!, dicen murmurando...

Y en cambio, la impresión que recibe una persona como yo, vacunado como estoy contra casi todo, es en realidad bien distinta. El autor, a base de liberar el lenguaje de Jesús de las incrustaciones que se le han ido adhiriendo (a veces pienso que a lo largo de los siglos se ha ejecutado una obra de encorsetamiento feroz del evangelio), hace posible que todos, incluso los más alejados, puedan aproximarse a Jesús, un Jesús cuya fascinación Alberto hace brotar vigorosa incluso en el corazón de aquellos que no están acostumbrados a “rumiar” jaculatorias. Y los así llamados “alejados” son en realidad personas que tal vez estén a la escucha y en búsqueda, situadas quizás solo un poco por detrás del cordón de “seguridad” extendido por los más cercanos y por los más “santos” a fin de proteger el “recinto”.

- He aquí ahora un cuadro, a menudo “domesticado” por sacerdotes de profesión, que irrumpe con toda su escabrosidad: Lucas 7,26. Jesús ha sido invitado a un banquete por parte de un fariseo que, esta vez, tiene un nombre: Simón. Los fariseos son personas que observan de forma meticulosa una cantidad desproporcionada de preceptos formales. Se consideran, por eso, perfectos, los grandes santos, los hombres espirituales por excelencia; pero Jesús, como ya sabemos, los deja al desnudo: hipócritas, raza de víboras, sepulcros blanqueados.

¿Por qué, entonces, los fariseos invitan a Jesús? Bien, lo hacen porque esperan poder ganárselo para su causa; o bien, más a menudo, para tenderle trampas y poderlo así pillar in fraganti en un error, para después denigrarlo y denunciarlo.

El evangelista, tras haber presentado la costumbre de la época (Jesús entró y se recostó en la mesa), *toca la trompeta para despertar a los adormilados...*, e introduce un argumento que pone la piel de gallina: Una mujer entra en la sala del almuerzo, y se pone en cuclillas detrás de Jesús, a sus pies...

¿Una mujer? ¿Cómo es posible? ¡Habría sido un error! Las mujeres están siempre en la cocina, hay tanto que hacer... ¡Y, en cualquier caso, nunca pueden hacerse presentes en la sala del almuerzo! Tratándose, además, de la casa de un fariseo... ¡mucho peor! La mujer es por naturaleza impura; nacer mujer es una desgracia, lo mejor que se puede decir de ellas es que son un proyecto de hombre... ¡fracasado! Ni siquiera el mismo Dios habla con las mujeres... después de aquella vez que Sara, en su vejez, se atrevió a *reírse a carcajadas* ante el anuncio divino de que ella, pese a su venerable edad, iba a dar a luz!

Pero el efecto-terremoto del episodio está aún por llegar: esa mujer que ha irrumpido sin permiso no es una cualquiera, ¡es una *prostituta*! Y por si fuera poco, se ha presentado provista del “material” del oficio: ... ¡a la masajista no se le ha ocurrido otra cosa que traer consigo el frasco del perfume!

Y todavía más asombroso: esta prostituta no se parece en nada a la Magdalena; de hecho, no se nos dice que cambie de vida... es más, ¡ni siquiera se le exhorta al arrepentimiento!

La descripción del evangelista es detallada e incluso, me atrevería a decir, provocadora, si tenemos en cuenta el “significado alegórico” de los “elementos” del cuadro. La prostituta se ha presentado allí *a propósito por Jesús*: “llorando, comenzó a lavarle los pies con sus lágrimas, después los secó con sus cabellos y vertía sobre ellos aceite perfumado”.

El hecho de tener el pelo suelto..., más aún, no estar cubierta con un velo, constituía en aquella época una falta de extrema gravedad (de hecho, la mujer que dejaba ver su cabellera se hacía merecedora de repudio). El mismo san Pablo aconsejaba: “las mujeres usen el velo con motivo de los ángeles”. Según la creencia del tiempo, los ángeles, embriagados ante la visión de los cabellos femeninos, pierden la cabeza y se dedican a planear desde el cielo incursiones atrevidas... ¡hacia las hijas de Eva!

La prostituta, pues, usa hacia Jesús las técnicas de la seducción, las únicas que ella conocía y para las cuales había sido educada. Y Jesús no la esquivo, la acoge abiertamente. Esta actitud desconcierta al fariseo y provoca su reacción airada: “si éste hombre fuese un profeta sabría qué tipo de mujer es ésta que lo está tocando”.

Interviene entonces Jesús: “Simón, tengo algo que decirte”. El fariseo se siente fastidiado, está de mal humor, y a la pregunta de Jesús que lo interroga acerca de la medida del amor que tiene el deudor beneficiado, responde: supongo que el deudor al que le ha sido perdonada la deuda mayor amará más al acreedor.

Jesús la caza al vuelo: en su murmuración desaprobatoria, el fariseo había hecho referencia a la prostituta (las personas religiosas tienen la viga clavada en el ojo y su visión de las cosas está fatalmente tergiversada por la ideología religiosa). Jesús corrige su mirada: “Simón, ¿ves a esta *mujer*?... por eso te digo que le han sido perdonados sus muchos pecados, porque mucho ha amado”. A continuación, se dirige a ella: “te han sido perdonados tus pecados; tu fe te ha salvado, vete en paz”. El caso es que esta mujer no se había aproximado a Jesús para solicitarle perdón. Se había dirigido a él para darle las gracias por haberlo obtenido. Esta es la novedad enorme que trae consigo Jesús: Dios no invita a los pecadores a pedir perdón. En la religión, se hace necesario “merecer” el amor de Dios. Para Jesús, en cambio, las cosas no son así. Él no acepta que en su nombre se discrimine a ningún tipo de personas, cualquiera que sea su conducta, comportamiento, vida sexual; por eso, en la Fe, solo hay que *acoger* el perdón. Aquí radica la gran diferencia: no

todos tienen méritos que presentar ante el Señor, pero todos sin excepción tienen necesidades...

Desconocemos el desenlace final de la historia.

La prostituta es anónima, es decir, no indica una persona concreta, sino un grupo de personas, un gremio, todos aquellos que se hallan en su misma condición. Es más, la vida de la prostituta estaba rodeada por aquél entonces de unas connotaciones de extrema indigencia y necesidad: ella no sabía hacer otra cosa para vivir; no podía volver a su familia, pues nunca la había tenido; no podía casarse, pues nadie la tomaría por esposa.

Pero en el horizonte, como en el crepúsculo, se entreve una posibilidad: a través de Jesús se está formando una nueva familia. “El iba por las aldeas y ciudades y lo acompañaban los 12 y algunas mujeres... “. Me gustaría añadir: .. ¡Jesús no deja las cosas a medias!